

PQ 6541

C6

1877



Madrid, 1877.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.<sup>o</sup>,  
SUCESORES DE RIVADENEYRA,  
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,  
calle del Duque de Osuna, número 3

## LA COMEDIA NUEVA.

### PERSONAS.

Don Eleuterio.	Don Pedro.
Doña Agustina.	Don Antonio.
Doña Mariquita.	Don Serapio.
Don Hermógenes.	Pipí.

*La escena es en un café de Madrid, inmediato á un teatro.*  
El teatro representa una sala con mesas, sillas y aparador de café; en el foro una puerta con escalera á la habitación principal, y otra puerta á un lado, que da paso á la calle.

*La acción empieza á las cuatro de la tarde  
y acaba á las seis.*

### ACTO PRIMERO.

#### ESCENA PRIMERA.

DON ANTONIO, PIPÍ.

*(Don Antonio sentado junto á una mesa, Pipí paseándose.)*

DON ANTONIO.

Parece que se hunde el techo. Pipí.

PIPÍ.

Señor.

DON ANTONIO.

¿Qué gente hay arriba, que arma tal estrépito? ¿Son locos?

PIPI.

No, señor; poetas.

DON ANTONIO.

¿Cómo poetas?

PIPI.

Sí, señor: ¡así lo fuera yo! ¡No es cosa! Y han tenido una gran comida. Burdeos, pajarete, marrasquino; ¡uh!

DON ANTONIO.

¿Y con qué motivo se hace esa franquichela?

PIPI.

Yo no sé; pero supongo que será en celebridad de la comedia nueva que se representa esta tarde, escrita por uno de ellos.

DON ANTONIO.

¿Con que han hecho una comedia? ¡Haya picarillos!

PIPI.

Pues qué, ¿no lo sabía usted?

DON ANTONIO.

No por cierto.

PIPI.

Pues ahí está el anuncio en el *Diario*.

DON ANTONIO.

En efecto, aquí está (*Leyendo en el Diario, que está sobre la mesa*): COMEDIA NUEVA, INTITULADA EL GRAN CERCO DE VIENA. ¡No es cosa! Del sitio de una ciudad hacen una comedia. ¡Si son el diantre! ¡Ay, amigo Pipi! ¡cuánto más vale ser mozo de café que poeta ridículo!

PIPI.

Pues mire usted, la verdad, yo me alegraría de saber hacer, así, alguna cosa...

DON ANTONIO.

¿Cómo?

PIPI.

Así, de versos... ¡Me gustan tanto los versos!...

DON ANTONIO.

¡Oh! los buenos versos son muy estimables; pero hoy día son tan pocos los que saben hacerlos, tan pocos, tan pocos...

PIPI.

No, pues los de arriba bien se conoce que son del arte. ¡Válgame Dios! ¡cuántos han echado por aquella boca! Hasta las mujeres.

DON ANTONIO.

¡Oiga! ¿también las señoras decían coplillas?

PIPI.

¡Vaya! Allí hay una doña Agustina, que es mujer del autor de la comedia... ¡Qué! Si usted viera... Unas décimas componía de repente... No es así la otra, que en toda la mesa no ha hecho más que retozar con aquel don Hermógenes y tirarle miguitas de pan al peluquín.

DON ANTONIO.

¿Don Hermógenes está arriba? ¡Gran pedanton!

PIPI.

Pues con ese se estaba jugando; y cuando la decían: «Mariquita, una copla, vaya una copla», se hacía la vergonzosa; y por más que la estuvieron azuzando á ver si rompía, nada. Empezó una décima, y no la pudo acabar, porque decía que no encontraba el consonante; pero doña Agustina, su cuñada...

¡Oh! aquella sí. Mire usted lo que es... Ya se ve, en teniendo vena...

DON ANTONIO.

Seguramente. ¿Y quién es ese que cantaba poco há, y daba aquellos gritos tan descompasados?

PIPI.

¡Eh! ése es don Serapio.

DON ANTONIO.

Pero ¿qué es? ¿qué ocupacion tiene?

PIPI.

Él es... mire usted; á él le llaman don Serapio.

DON ANTONIO.

¡Ah! sí. Ese es aquel bulle-bulle que hace gestos á las cómicas, y las tira dulces á la silla cuando pasan, y va todos los días á saber quién dió cuchillada; y desde que se levanta hasta que se acuesta no cesa de hablar de la temporada de verano, la chupa del sobresaliente y las partes de por medio.

PIPI.

Ese mismo. ¡Oh! ése es de los apasionados finos. Aquí se viene todas las mañanas á desayunar; y arma unas disputas con los peluqueros, que es un gusto oírle. Luégo se va allá bajo, al barrio de Jesus; se juntan cuatro amigos, hablan de comedias, altercan, rien, fuman en los portales; don Serapio los introduce aquí y acullá hasta que da la una; se despiden, y él se va á comer con el apuntador.

DON ANTONIO.

¿Y ese don Serapio es amigo del autor de la comedia?

PIPI.

¡Toma! Son uña y carne. Y él ha compuesto el casamiento de doña Mariquita, la hermana del poeta, con don Hermógenes.

DON ANTONIO.

¿Qué me dices? ¿Don Hermógenes se casa?

PIPI.

¡Vaya si se casa! Como que parece que la boda no se ha hecho ya porque el novio no tiene un cuarto ni el poeta tampoco; pero le ha dicho que con el dinero que le den por esta comedia y lo que ganará en la impresion, les pondrá la casa y pagará las deudas de don Hermógenes, que parece que son bastantes.

DON ANTONIO.

Sí serán. ¡Cáspita, sí serán! Pero, y si la comedia apesta, y por consecuencia, ni se la pagan ni se vende, ¿qué harán entónces?

PIPI.

Entónces, ¿qué sé yo? ¡Pero qué! No, señor. Si dice don Serapio que comedia mejor no se ha visto en tablas.

DON ANTONIO.

¡Ah! Pues si don Serapio lo dice, no hay que temer. Es dinero contante, sin remedio. Figúrate tú si don Serapio y el apuntador sabrán muy bien dónde les aprieta el zapato, y cuál comedia es buena y cuál deja de serlo.

PIPI.

Eso digo yo; pero á veces... Mire usted, no hay paciencia. Ayer, ¡qué! les hubiera dado con una tranca. Vinieron ahí tres ó cuatro á beber ponch, y empezaron á hablar de comedias; ¡vaya! yo no me puedo acordar de lo que decían. Para ellos no habia nada bue-

no : ni autores, ni cómicos, ni vestidos, ni música, ni teatro. ¿Qué sé yo cuanto dijeron aquellos malditos? Y dale con el arte, el arte, la moral y... Deje usted : las... ¿Si me acordaré? Las... ¡Válgate Dios! ¿Cómo decían? Las... las reglas... ¿Qué son las reglas?

DON ANTONIO.

Hombre, difícil es explicártelo. Reglas son unas cosas que usan allá los extranjeros, particularmente los franceses.

PIPI.

Pues, ya decia yo : esto no es cosa de mi tierra.

DON ANTONIO.

Si tal : aqui tambien se gastan, y algunos han escrito comedias con reglas ; bien que no llegarán á media docena (por mucho que se estire la cuenta) las que se han compuesto.

PIPI.

Pues ya se ve : mire usted, ¡reglas! No faltaba más. ¿A que no tiene reglas la comedia de hoy?

DON ANTONIO.

¡Oh! eso yo te lo fio : bien puedes apostar ciento contra uno á que no las tiene.

PIPI.

Y las demas que van saliendo cada dia tampoco las tendrán : ¿no es verdad, usted?

DON ANTONIO.

Tampoco. ¿Para qué? No faltaba otra cosa sino que para hacer una comedia se gastáran reglas. No, señor.

PIPI.

Bien ; me alegro. Dios quiera que pegue la de hoy, y luego verá usted cuántas escribe

el bueno de don Eleuterio. Porque, lo que él dice : si yo me pudiera ajustar con los cómicos á jornal, entónces... ¡ya se ve! mire usted si con un buen situado podia él...

DON ANTONIO.

Cierto. (Ap. ¡Qué simplicidad!)

PIPI.

Entónces escribiría. ¡Qué! todos los meses sacaría dos ó tres comedias. Como es tan hábil...

DON ANTONIO.

¿Con que es muy hábil, eh?

PIPI.

¡Toma! Poquito le quiere el segundo barba ; y si en él consistiera, ya se hubieran echado las cuatro ó cinco comedias que tiene escritas ; pero no han querido los otros ; y ya se ve, como ellos lo pagan... En diciendo : no nos ha gustado, ó así, andar ¡qué diantres! Y luego, como ellos saben lo que es bueno ; y en fin, mire usted si ellos... ¿No es verdad?

DON ANTONIO.

Pues ya.

PIPI.

Pero deje usted, que aunque es la primera que le representan, me parece á mí que ha de dar golpe.

DON ANTONIO.

¿Con que es la primera?

PIPI.

La primera. ¡Si es mozo todavía! Yo me acuerdo... Habrá cuatro ó cinco años que estaba de escribiente ahí, en esa lotería de la esquina, y le iba muy ricamente ; pero como despues se hizo paje, y el amo se le murió á

lo mejor, y él se había casado de secreto con la doncella, y tenían ya dos criaturas, y después le han nacido otras dos ó tres; viéndose él así, sin oficio ni beneficio, ni pariente ni habiente, ha cogido y se ha hecho poeta.

DON ANTONIO.

Y ha hecho muy bien.

PIPI.

¡Pues ya se ve! lo que él dice: si me sopla la musa, puedo ganar un pedazo de pan para mantener aquellos angelitos, y así ir trampeando hasta que Dios quiera abrir camino.

ESCENA II.

DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON PEDRO.

Café.

*(Don Pedro se sienta junto á una mesa distante de don Antonio: Pipí le servirá el café.)*

PIPI.

Al instante.

DON ANTONIO.

No me ha visto.

PIPI.

¿Con leche?

DON PEDRO.

No... Basta.

PIPI.

¿Quién es éste?

*(Al retirarse, despues de haber servido el café á don Pedro.)*

DON ANTONIO.

Este es don Pedro de Aguilar, hombre muy rico, generoso, honrado, de mucho talento;

pero de un carácter tan ingenuo, tan serio y tan duro, que le hace intratable á cuantos no son sus amigos.

PIPI.

Le veo venir aquí algunas veces, pero nunca habla, siempre está de mal humor.

ESCENA III.

DON SERAPIO, DON ELEUTERIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, PIPÍ.

DON SERAPIO.

¡Pero, hombre, dejarnos así!  
*(Bajando la escalera, salen por la puerta del foro.)*

DON ELEUTERIO.

Si se lo he dicho á usted ya. La tonadilla que han puesto á mi funcion no vale nada, la van á silbar, y quiero concluir esta mia para que la canten mañana.

DON SERAPIO.

¿Mañana? ¿Con que mañana se ha de cantar, y aún no están hechas ni letra ni música?

DON ELEUTERIO.

Y aún esta tarde pudieran cantarla, si usted me apura. ¿Qué dificultad? Ocho ó diez versos de introduccion, diciendo que callen y atiendan, y chitito. Despues unas cuantas coplillas del mercader que hurta, el peluquero que lleva papeles, la niña que está opilada, el cadete que se baldó en el portal, cuatro equivoquillos, etc.; y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcilla y el arroyito. La música ya se

sabe cuál ha de ser : la que se pone en todas; se añade ó se quita un par de gorgoritos, y estamos al cabo de la calle.

DON SERAPIO.

¡El diantre es usted, hombre! todo se lo halla hecho.

DON ELEUTERIO.

Voy, voy á ver si la concluyo ; falta muy poco. Súbase usted.

*(Don Eleuterio se sienta junto á una mesa inmediata al foro ; saca de la faltriguera papel y tintero , y escribe.)*

DON SERAPIO.

Voy allá ; pero...

DON ELEUTERIO.

Sí, sí, váyase usted ; y si quieren más licor, que lo suba el mozo.

DON SERAPIO.

Sí, siempre será bueno que lleven un par de frasquillos más. Pipí.

PIPI.

¡Señor!

DON SERAPIO.

Palabra.

*(Don Serapio habla en secreto á Pipí, y vuelve á irse por la puerta del foro ; Pipí toma del aparador unos frasquillos, y se va por la misma parte.)*

DON ANTONIO.

¿Cómo va, amigo don Pedro?

*(Don Antonio se sienta cerca de don Pedro.)*

DON PEDRO.

¡Oh, señor don Antonio! No habia reparado en usted. Va bien.

DON ANTONIO.

¿Usted á estas horas por aquí? Se me hace extraño.

DON PEDRO.

En efecto, lo es ; pero he comido ahí cerca. A fin de mesa se armó una disputa entre dos literatos que apénas saben leer ; dijeron mil despropósitos, me fastidié, y me vine.

DON ANTONIO.

Pues ; con ese genio tan raro que usted tiene, se ve precisado á vivir como un ermitaño en medio de la córte.

DON PEDRO.

No por cierto. Yo soy el primero en los espectáculos, en los paseos, en las diversiones públicas ; alterno los placeres con el estudio ; tengo pocos, pero buenos amigos, y á ellos debo los más felices instantes de mi vida. Si en las concurrencias particulares soy raro algunas veces, siento serlo ; pero ¿qué le he de hacer? Yo no quiero mentir, ni puedo disimular ; y creo que el decir la verdad francamente es la prenda más digna de un hombre de bien.

DON ANTONIO.

Sí ; pero cuando la verdad es dura á quien ha de oirla, ¿qué hace usted?

DON PEDRO.

Callo.

DON ANTONIO.

¿Y si el silencio de usted le hace sospechoso?

DON PEDRO.

Me voy.

DON ANTONIO.  
No siempre puede uno dejar el puesto, y entónces...

DON PEDRO.  
Entónces digo la verdad.

DON ANTONIO.  
Aqui mismo he oído hablar muchas veces de usted. Todos aprecian su talento, su instruccion y su probidad, pero no dejan de extrañar la aspereza de su carácter.

DON PEDRO.  
¿Y por qué? Porque no vengo á predicar a café, porque no vierto por la noche lo que le í por la mañana; porque no disputo ni ostento erudicion ridicula, como tres, ó cuatro, ó diez pedantes que vienen aqui á perder el dia y á excitar la admiracion de los tontos y la risa de los hombres de juicio. ¿Por eso me llaman áspero y extravagante? Poco me importa. Yo me hallo bien con la opinion que he seguido hasta aqui, de que en un café jamás deba hablar en público el que sea prudente.

DON ANTONIO.  
Pues ¿qu' debe hacer?

DON PEDRO.  
Tomar café.

DON ANTONIO.  
¡ Viva! Pero hablando de otra cosa, ¿ qué plan tiene usted para esta tarde?

DON PEDRO.  
A la comedia.

DON ANTONIO.  
¿ Si pongo que irá usted á ver la pieza nueva?

DON PEDRO.  
Qué ¿ han mudado? Ya no voy.

DON ANTONIO.  
Pero ¿ por qué? Vea usted sus rarezas.  
(*Pipi sale por la puerta del foro con salvilla, copas y frasquillos, que dejará sobre el mostrador.*)

DON PEDRO.  
¿ Y usted me pregunta por qué? ¿ Hay más que ver la lista de las comedias nuevas que se representan cada año, para inferir los motivos que tendré de no ver la de esta tarde?

DON ELEUTERIO.  
¡ Hola! Parece que hablan de mí funcion.  
(*Escuchando la conversacion de don Antonio y don Pedro.*)

DON ANTONIO.  
De suerte, que ó es buena ó es mala. Si es buena, se admira y se aplaude; si, por el contrario, está llena de sandeces, se rie uno, se pasa el rato, y tal vez...

DON PEDRO.  
Tal vez me han dado impulsos de tirar al teatro el sombrero, el baston y el asiento si hubiera podido. A mí me irrita lo que á usted le divierte. (*Guarda don Eleuterio papel y tintero; se levanta, y se va acercando poco á poco, hasta ponerse en medio de los dos.*) Yo no sé; usted tiene talento y la instruccion necesaria para no equivocarse en materias de literatura; pero usted es el protector nato de todas las ridiculeces. Al paso que conoce usted y elogia las bellezas de una obra de mérito, no se detiene en dar iguales aplausos á lo más

disparatado y absurdo; y con una rociada de pullas, chufletas é ironías, hace usted creer al mayor idiota que es un prodigio de habilidad. Ya se ve, usted dirá que se divierte; pero, amigo...

DON ANTONIO.

Si, señor, que me divierto. Y por otra parte, ¿no sería cosa cruel ir repartiendo por ahí desengaños amargos á ciertos hombres cuya felicidad estriba en su propia ignorancia? ¿Ni cómo es posible persuadirles...

DON ELEUTERIO.

No, pues... Con permiso de ustedes. La función de esta tarde es muy bonita, seguramente; bien puede usted ir á verla, que yo le doy mi palabra de que le ha de gustar.

DON ANTONIO.

¿Es éste el autor?

*(Don Antonio se levanta, y despues de la pregunta que hace á Pipí, vuelve á hablar con don Eleuterio.)*

PIPI.

El mismo.

DON ANTONIO.

¿Y de quién es? ¿Se sabe?

DON ELEUTERIO.

Señor, es de un sujeto bien nacido, muy aplicado, de buen ingenio, que empieza ahora la carrera cómica; bien que el pobrecillo no tiene protección.

DON PEDRO.

Si es ésta la primera pieza que da al teatro, aún no puede quejarse; si ella es buena, agrada á necesariamente, y un gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto inte-

resan á una nación los progresos de la literatura, no dejará sin premio á cualquiera hombre de talento que sobresalga en un género tan difícil.

DON ELEUTERIO.

Todo eso va bien; pero lo cierto es que el sujeto tendrá que contentarse con sus quin-ce doblones que le darán los cómicos (si la comedia gusta); y muchas gracias.

DON ANTONIO.

¿Quince? Pues yo creí que eran veinte y cinco.

DON ELEUTERIO.

No, señor; ahora, en tiempo de calor, no se da más. Si fuera por el invierno, entónces...

DON ANTONIO.

¡Calle! ¿Con que en empezando á helar valen más las comedias? Lo mismo sucede con los besugos.

*(Don Antonio se pasea. Don Eleuterio unas veces le dirige la palabra y otras se vuelve hacia don Pedro, que no le contesta ni le mira. Vuelve á hablar con don Antonio, parándose ó siguiéndole; lo cual formará juego de teatro.)*

DON ELEUTERIO.

Pues mire usted, aún con ser tan poco lo que dan, el autor se ajustaría de buena gana para hacer por el precio todas las funciones que necesitase la compañía; pero hay muchas envidias. Unos favorecen á éste, otros á aquél, y es menester una tecla para mantenerse en la gracia de los primeros vocales, que... ¡Ya, ya! Y luégo, como son tantos á